

Del ABC al ABV El eje Argentina, Brasil y Venezuela en la integración de América del Sur

Israel Roberto Barnabé*

Recibido: 14/08/2012

Aceptado: 15/10/2012

RESUMEN:

La ampliación y la profundización de los procesos de integración requieren el establecimiento de un tema que pueda, de hecho, representar los intereses regionales y permitir el consenso necesario para los avances integracionistas. A diferencia de la triada Argentina, Brasil y Chile (ABC) pensada por algunos años en el siglo XX, lo que vemos hoy es la estructuración de un motor regional en América del Sur conformado por Argentina, Brasil y Venezuela. El presente trabajo pretende abordar la importancia de Venezuela en la promoción de la integración Sudamericana y la composición de un nuevo motor integracionista formado por estos tres países – el ABV.

Palabras claves: Integración regional, América del Sur, Argentina, Brasil, Venezuela

From the ABC to the ABV: the axis Argentina, Brazil and Venezuela in the South American Integration

ABSTRACT

The broadening and deepening of an integration process requires the establishment of a subject that could, in fact, represent regional interests and allow the consensus necessary for integrationist advances. Unlike the Argentina, Brazil, and Chile triad (ABC), thought out for some years throughout the twentieth century, what we are now observing is the structuring of a new regional motor in South America, composed by Argentina, Brazil and Venezuela. This article looks to approach the importance of Venezuela in the promotion of South American integration and the composition of a new integrationist motor formed by these three countries – the ABV.

Keywords: Regional integration, South America, Argentina, Brasil, Venezuela

* Profesor Adjunto II del Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad Federal de Sergipe/ Brasil. Doctor en Ciencias Sociales de la Universidad Estatal de Campinas – Unicamp/Brasil, E-mail: israelbarnabe@gmail.com

1. Propuestas del ABC

El comienzo del siglo XX está marcado por una tensión entre los países de América del Sur. A pesar del fin de la guerra del Paraguay (1864-1870), hubo cuestiones pendientes sobre las fronteras, un sentimiento generalizado contra el imperialismo y las amenazas a la soberanía, preocupaciones de la expansión militar de algunos países con el riesgo de una carrera de armamentos y el impacto de estos factores en las economías nacionales. En el caso específico de Brasil, que entre 1902 hasta 1912 tuvo como responsable de su Cancillería, al Barón de Rio Branco, la cuestión era superar algunos desafíos que impedían lograr una posición destacada, que el país ya buscaba en la región. Como dijo Doratioto, entre estos retos destacaban:

(...) la definición de sus fronteras; la restitución del valor primitivo de su acción internacional y la reconquista de la credibilidad y el prestigio del país, sacudido por diez años de conflictos internos, de desmoronamiento financiero y de fluctuaciones del direccionamiento (Doratioto, 2000: 130).

Es importante recordar que el gasto de Brasil en la guerra de Paraguay y en los primeros años de la República, están marcados por varios conflictos internos, agregados a la urgente necesidad de reformulación de su débil armada, generaba gran preocupación económica en el país y desconfianza en los países vecinos que vieron en Brasil una amenaza constante. Esto llevó a Brasil a aislarse de la región y exigía posturas diplomáticas que reconfigurasen la imagen del país. Rio Branco, experimentado y atento a los hechos y a los movimientos de la escena internacional, anunció una posición prominente de Brasil en la región y sirvió en varios frentes, tratando de lograr los intereses del país.

Dos grandes logros de Barón merecen mencionarse: la solución de los problemas de frontera con el Brasil, permitiendo que la política exterior se ocupase con otras tareas y la consolidación del redirec-

cionamiento de la política exterior –una redirección o cambio del país del eje diplomático de Londres a Washington – teniendo en cuenta el hecho de que Estados Unidos ofrecía, en el momento, mayores oportunidades económicas, especialmente en relación con el café.

En relación con el entorno regional, el canciller brasileño intentó mostrar a los vecinos que, aunque Brasil trató de consolidar un liderazgo, en ningún momento el país asumiría una posición imperialista. Este esfuerzo de Rio Branco se hace explícito en ciertos principios asumidos por el país: i) la abstención en los asuntos internos de los países; ii) esfuerzos por la estabilidad política de la región; y iii) la búsqueda de liderazgo sin cargo y sin intenciones expansionistas.

Es en este escenario que comienzan las discusiones, al final de la primera década del siglo, acerca de las asociaciones regionales necesarias para la seguridad y el desarrollo de América del Sur, y es también cuando surgen los debates en torno a la formación de una “hegemonía compartida” entre Argentina, Brasil y Chile. Esta propuesta aparece en tres momentos del siglo XX, con diferentes contornos.

En 1909, Federico Puga Borne, ex canciller chileno y enviado extraordinario a Brasil, presentó al Barón de Rio Branco una propuesta para la creación de un tratado entre los entonces principales países de América del Sur: Argentina, Brasil y Chile. Días después, el Barón elaboró el borrador de lo que sería “El Tratado de Cordial Inteligencia Política y de Arbitraje” que tuvo como objetivo principal, la aplicación de un trabajo conjunto para el mantenimiento de la paz en la región –una condición *sine qua non* para el fortalecimiento económico. En las palabras del Barón,

La nación brasileña sólo aspira a engrandecerse por obras fecundas de paz... y quiere ser fuerte entre vecinos grandes y fuertes... Es esencial que antes del medio siglo, cuatro o cinco de las Naciones más grandes de América Latina lleguen, como nuestra gran y querida hermana de Norte, a competir en recursos con los Estados más poderosos del mundo (Seixas Correa, 2012).

Además de este objetivo principal, fue implicado, en estas primeras discusiones sobre el ABC, la preocupación por la creciente pro-

yección de intereses estadounidenses en la región y con las políticas intervencionistas de los Estados Unidos que ya estaban presentes en algunos países desde finales del siglo XIX. Como afirma Conduru:

En la medida que Estados Unidos asumía un papel más activo en la escena internacional y proyectaba su hegemonía sobre el Pacífico y el Caribe, en la América, al Sur del Río Grande, aumentaba la desconfianza contra el vecino del Norte.” (Conduru, 1998: 62).

La misión civilizadora de Estados Unidos -contenida en la Doctrina Monroe, en el Destino Manifiesto y en el Corolario Roosevelt- justificaba la expansión territorial del país y la creciente injerencia en el hemisferio, además de explicar el interés de Estados Unidos por las Conferencias Internacionales Americanas que se realizaron en Washington (1889-1900), en México (1902) y en Río de Janeiro (1906). En esta última, es interesante observar la posición del Barón de Rio Branco. Por un lado, para mostrar el agradecimiento de Brasil a Estados Unidos y la política panamericanista – la “Alianza no escrita”- bautizó el pabellón usado por Brasil en la Exposición Universal de San Luis en 1904 y reconstruido en Río de Janeiro, el “Palacio Monroe” y, por otro lado, en su discurso de apertura de la Conferencia, también mostró que Brasil estaba interesado en buenas relaciones con Europa y en consolidarse con un liderazgo en América del Sur.

Aunque no hizo de forma explícita, ya estaba latente en las discusiones diplomáticas de América del Sur, la intención de resolver los problemas estrictamente subregionales sin la interferencia de otros países o poderes -se comenzó la búsqueda de autonomía atravesando todo el siglo y que aún hoy en día marca las relaciones internacionales de América del Sur.

Por un lado, este interés común en contrabalancear la influencia y las acciones estadounidenses servían para reunir a Argentina, Brasil y Chile. Sin embargo, existían especificidades nacionales que comprometían el progreso de las negociaciones. Según afirma Conduru, de parte de Argentina había preocupación sobre el rearme naval brasileño y la disputa con Brasil por la hegemonía en la región de Plata. En el caso de Brasil, la diplomacia criticaba la demanda

Argentina por la limitación de la flota naval del país y priorizaba la solución de los problemas fronterizos. Por último, en el caso de Chile, problemas en la frontera con sus tres vecinos (Perú, Bolivia y Argentina) generaban temores de aislamiento y la necesidad de alianzas con Brasil para resolverlos (Conduru, 1998: 64-65)

No existe consenso entre los investigadores acerca de las verdaderas intenciones de este Tratado de 1909. Algunos tratan de demostrar que no había interés de estos tres países en oponerse a Estados Unidos, demostrando que el Barón siempre se opuso a la formación de alianzas que buscasen la confrontación con Estados Unidos. Otros intentan mostrar que el Tratado de 1909 si se constituyó con el objetivo de establecer un contrapeso a la influencia estadounidense y enfrentar el imperialismo del país.

Como demuestra Conduru, el principal objetivo del “Tratado de Cordial Inteligencia Política y de Arbitraje” era garantizar la seguridad regional a través de una “hegemonía compartida” entre Argentina, Brasil y Chile. En palabras del autor, “(...) la preocupación por la inestabilidad política en la región sería la motivación para el establecimiento de una autoridad hegemónica compartida entre los tres países principales del subsistema” (Conduru, 1998:77). Así, se constituía, como veremos a continuación, en un proyecto más ambicioso del que el Tratado de ABC firmó en 1915. Sin embargo, las diferencias entre los tres países – profundizadas por el interés de Argentina en una “hegemonía dual” que excluyese a Chile- y la dificultad de superar los intereses particulares a favor de una acción conjunta, provocaron que las negociaciones fuesen abandonadas en 1909. No obstante, este primer intento de acción conjunta -que puede ser visto como la semilla de los procesos de integración en América Latina, que marcaría el siglo XX – influyó profundamente en las relaciones internacionales en la región desde entonces.

El segundo momento de intentos de agrupar Argentina, Brasil y Chile alrededor de intereses comunes, ocurrió en 1915 con la firma, en Buenos Aires, del “Tratado para Facilitar la Solución de Controversias Internacionales,” el llamado Pacto ABC. Se trata, en verdad, de un desborde de las negociaciones ocurridas entre 1907 y 1909. Compuesto por 13 artículos, el Tratado proponía, brevemente, la

consolidación de la amistad entre los tres países, la búsqueda de consenso de intereses, la contención del conflicto y la cooperación. Como dice Condoru, una peculiaridad del Tratado era el intento de “(...) crear una Comisión Permanente a la cual se someterían las cuestiones que no habían podido ser resueltas mediante negociaciones directas o por arbitraje “ (Condoru, 1998: 59).

Como se señaló anteriormente, el contenido del Tratado de 1915 era más tímido de aquel que las negociaciones de 1909 proponían. Como muestra Heinsfeld,

En relación con la propuesta formulada por Rio Branco en 1909, el tratado firmado en 1915 no tuvo el carácter de alianza, ni abordaba cuestiones relacionadas con el desarme de los países signatarios. Sólo determinó que las controversias que no pueden resolverse diplomáticamente o mediante el arbitraje, tendrían que someterse a la investigación de un Comité Permanente, que estaría en la ciudad de Montevideo, antes de tomar cualquier medida de hostilidad. Tampoco mostró preocupación por posibles insurrecciones que podrían suceder en uno de los países signatarios o en países vecinos. (Heinsfeld, 2009: 8)

Aunque tuviese un alcance más restringido, la firma del Tratado de la ABC no gustó a Estados Unidos, que percibió este movimiento regional como una posible amenaza para los intereses del país en la región. El hecho de que el Ministro estadounidense no asistió a la ceremonia de firma en Buenos Aires es sintomático. Las rivalidades y sospechas que se mantenían entre Brasil y Argentina –este último no estando convencido de las intenciones reales de Brasil en relación con el Tratado-, también contribuyeron a su fracaso. Aunque el texto fue aprobado por los congresos de Brasil y Chile, fue rechazado por la cámara de representantes en Argentina, invalidando el Tratado.

De todas formas, como sucedió con el acuerdo de 1909, el Tratado de 1915 fue la inspiración para futuros movimientos regionales que América del Sur iba a experimentar en el curso del siglo.

El tercer y último intento de Alianza de ABC fue dirigido por la Argentina de Perón, que gobernó el país entre 1946 y 1955 y de 1973 a 1974. El Gobierno de Perón y la llamada Tercera Posición siempre dividieron las opiniones en el medio político brasileño, generando

importantes divergencias entre la visión de la Embajada de Brasil en Buenos Aires, las presiones del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil y la voluntad del Ejecutivo, especialmente durante el Gobierno de Vargas.

Las diferencias y desconfianza, no siempre fundadas, condujeron, en el lado brasileño, la llamada “Diplomacia de Obstrucción”, estancando los debates sobre procesos de cooperación e integración. Del lado argentino, Perón buscaba, como señala Cervo, la cooperación bilateral y regional, la creación de un bloque de países que promoviesen conjuntamente el desarrollo y una aproximación crítica con respecto a los Estados Unidos, ya que este país era visto, por un lado, como el principal proveedor de la región, ejerciendo, sin embargo, una creciente dominación económica y política que molestaba a la Argentina (Cervo, 2007).

Fue a partir de estas premisas de la política exterior argentina que Perón intentó rescatar la idea de 1909 y 1915 y proponer la creación del Pacto ABC. Como afirma Cervo, para Perón,

“(…) las Naciones débiles deberían desde luego agruparse para formar unidades económicas, con el fin de enfrentar la dominación del mundo por las dos superpotencias. Brasil, Argentina y Chile, con sus economías complementarias, si se uniesen, multiplicarían su importancia y su peso en las relaciones internacionales (Cervo, 2007: 127)

La falta de consenso del gobierno brasileño en torno a las intenciones de Argentina y de la propuesta de Perón de rescatar la idea del ABC, sumado a la desconfianza y la fricción entre los dos países, además de la fuerte influencia de los Estados Unidos en la región, terminaron, una vez más, por inviabilizar la constitución de una tríada regional formada por Argentina, Brasil y Chile.

De todos modos, la Operación Panamericana (OPA) concebido por Kubitschek en los años siguientes, la firma del Tratado de Montevideo de 1960 (TM60) y el Tratado de Montevideo de 1980 (TM80), que crearon, respectivamente, la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC) y la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI, sus siglas en español) y los avances integracionistas de la región desde la década de 1980, demostraron que discusiones en

torno a la ABC produjeron frutos y construyeron en América del Sur una tradición, una trayectoria en torno a procesos de integración regional que, a pesar de las dificultades y obstáculos, han generado resultados muy positivos.

2. El eje de Argentina, Brasil y Venezuela en la integración de América del Sur

Uno de los problemas contemporáneos más importantes de los procesos de integración de América del Sur es la necesidad de la búsqueda de un modelo integracionista. Los principales modelos que han influido, en cierta medida, en el desarrollo de la integración en América del Sur— específicamente el estadounidense y el europeo — hoy son cuestionados y, ciertamente, no responden a las especificidades y las expectativas de la región.

Con respecto, en particular, a los intereses de Estados Unidos, es importante verificar la propagación de la ideología neoliberal y el sesgo economista de las propuestas de integración económica. En América del Sur, la aplicación de las premisas del consenso de Washington desde la década de 1990 ha profundizado los problemas económicos, que daría como resultado el deterioro de la cuestión social. Este resultado negativo ha puesto en jaque el modelo neoliberal (llamado por algunos de “desertificación liberal”), propició el ascenso al poder de gobiernos de centro-izquierda y, desde el punto de vista de la integración regional, provocó críticas a supuestos estadounidenses presentes en el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), vigente desde 1994, que une a Estados Unidos, Canadá y México, y en los debates, engavetados desde 2005, de crear el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que incluyese a los 34 países de la región (excepto Cuba).

La principal crítica que se hizo al modelo representado por el TLCAN y el ALCA es la exclusividad dada al tema económico, dentro de los preceptos liberales. Es un hecho que, en los años 1990, las experiencias de integración de América del Sur también fueron afectadas por el llamado “camino único” señalado por el neoliberalismo. Sin embargo, con el paso del tiempo, se observó que otros temas y

otras cuestiones debían componer la agenda de integración y que la participación de otros actores sociales también era fundamental para los avances integracionistas.

Los avances del Mercado Común del Sur (MERCOSUR) son un buen ejemplo de cómo fue este proceso. Aunque las primeras discusiones sobre el Mercosur, en la década de 1980, tuvieron un sesgo político, especialmente con respecto a la reducción de los conflictos de intereses y animosidades que caracterizaban a las relaciones entre Brasil y Argentina, su creación en 1991 (ya en un escenario globalizado y marcado por el discurso liberal) dio al bloque un ropaje principalmente económico. Posteriormente, los Estados miembros y otros grupos sociales empezaron a repensar el papel y las directrices desarrolladas por el Mercosur, y nuevos temas, además de la económica, comenzaron a ser parte del bloque. Actualmente, existen, en la estructura del Mercosur, grupos de trabajo relacionados con intereses diversos, tales como: medio ambiente, cultura, educación, derechos humanos, cuestiones sociales, democracia, etc. Este avance institucional, que va mucho más allá de las cuestiones económicas, muestran el alcance de la idea de integración de América del Sur e imposibilita que la visión estadounidense se utilice como un modelo a seguir. Por supuesto, este cambio de formato y alcance también plantea nuevos desafíos para el Mercosur. Como afirma Briceño Ruiz,

El Mercosur ha avanzado de un modelo exclusivamente comercial estratégico a un complejo híbrido con objetivos sociales y productivos, además de haber realizado esfuerzos para mejorar la calidad institucional del bloque (...). Esta ampliación de las esferas de competencias del Mercosur ha generado un intenso debate académico sobre su impacto en el desarrollo de un bloque comercial que cumple 20 años sin haber logrado aún cumplir objetivos planteados en el Tratado de Asunción, como por ejemplo el perfeccionamiento de la unión aduanera (Briceño Ruiz, 2001: 153-154).

Con respecto a la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), desde su formación en 2008, cabe señalar que el alcance de su agenda de actuación es también una característica clave y muestra la singularidad de la integración en la región. Como señalamos en otro trabajo:

A diferencia de otros bloques que comúnmente comienzan su proceso de integración a través de acuerdos económicos y luego proceden a avanzar después en las esferas institucionales y políticas, la UNASUR parece andar por el camino opuesto, es decir, surge de debates políticos sobre la necesidad de un mayor compromiso de los países con convergencia de intereses, que se expresan, en seguida, en las banderas del nuevo actor: la creación del Consejo de Defensa y la coordinación de acuerdos en varias áreas (Barnabé, 2001). Al examinar las posibilidades y desafíos de la integración sudamericana, Marcos Costa Lima parece tener preocupaciones similares a las que presentamos en este artículo al afirmar que,

Un proyecto capaz de abrir una nueva etapa para la región, estaría anclado en la inclusión social, a través de políticas sociales estructuradoras, de recuperación de las infraestructuras básicas de vivienda, saneamiento, salud y educación, en políticas eficaces para luchar contra la pobreza y el desempleo, en la reforma agraria, pero también en políticas de apoyo a la pequeña y mediana industria, que producen para el mercado interno, en el apoyo indispensable al desarrollo tecnológico y la innovación (Costa Lima, 2011: 69).

Junto con el alcance de los temas que componen la agenda de la integración regional en América del Sur, otra característica que distancia a la región de otros modelos está relacionada con el formato institucional. Es en este punto que discutimos la formación del eje Argentina, Brasil y Venezuela, realizando una breve comparación con la Unión Europea.

Los avances históricos de la integración europea culminan, desde el punto de vista de la profundización institucional, con la creación de instituciones supranacionales que, a partir de los intereses comunes de los Estados miembros, elaboraran programas regionales de acción, colocándolos por encima del individualismo nacional y asegurando el mantenimiento del bloque. Aunque sabemos que Alemania y Francia han sido los pilares de la Europa regional, son las instituciones supranacionales las que aseguran el continuo esfuerzo a favor de la Unión Europea, más allá los intereses nacionales de los miembros que la componen. En cierto modo, se puede afirmar que

los organismos supranacionales, especialmente el Consejo Europeo que define las orientaciones políticas generales y prioridades, son los motores de la integración europea.

A su vez, los organismos regionales en América del Sur (Mercosur y UNASUR) se organizan, institucionalmente, en el modelo intergubernamental. En otras palabras, son los Estados miembros (todos con derecho a voto y veto) que, mediante el consenso, deciden la dirección de estos organismos. El principal problema en este formato es la dificultad de crear consenso y de establecer un interés común entre los países que permita el avance de los procesos. Una pregunta que se puede plantear es la siguiente: a partir de este modelo, que a menudo se topa en posturas antagónicas de los gobiernos nacionales ¿cuál es el motor integracionista de América del Sur?

Brasil, por sus características específicas, ha sido citado algunas veces y por algunos investigadores, como el país que debería tomar las riendas de la integración y ser el protagonista de la integración regional en América del Sur. Por supuesto, el país juega un papel muy importante en los caminos andados por la región y su posición con respecto a la opción integracionista tiene un peso significativo. Sin embargo, el alegato que Brasil debe liderar todo el proceso merece algunos cuestionamientos:

1) ¿Cuál es el espacio que América del Sur ha ocupado en la política exterior brasileña? Con respecto a esta pregunta, no existe consenso entre los investigadores. Algunos defienden la idea de que la región siempre ha sido y sigue siendo, uno de los temas centrales de la política exterior del país. Según esto, la importancia dada por Brasil a la región puede ser percibida en toda la trayectoria internacional del país, caracterizada por la búsqueda de acercamiento con los países vecinos, a los esfuerzos para construir una región pacífica, para defender los intereses regionales en foros internacionales, etc.

Por otro lado, algunos investigadores intentan demostrar exactamente lo contrario. En este caso, la percepción es que, por ser un jugador global, Brasil ha desviado su atención de la región y centra sus actuaciones diplomáticas en otras tareas y preocupaciones, a saber: las relaciones con otras regiones y otros potencias, el liderazgo en misiones de las Naciones Unidas (por ejemplo, la misión

de las Naciones Unidas para la estabilización en Haití), la intención de tener un asiento permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU, los intentos de insertarse como mediador de conflictos en otras regiones, etc. Para este grupo de pensadores, América del Sur no es una prioridad para Brasil.

No obstante, ¿será que un país como Brasil debe tener una prioridad de política exterior? Desde nuestro punto de vista, creemos que, si por un lado, Brasil ha mostrado interés constante en los asuntos suramericanos y ha tomado actitudes concretas para los avances integracionistas, por el otro, las características únicas de este le obligan a considerar también otras prioridades, además de la integración regional, actuando en varios frentes alrededor del mundo. En otras palabras, América del Sur y los procesos de integración regionales son parte de la agenda diplomática de Brasil, pero la magnitud de estos temas impide a un solo país coordinar y liderar estos procesos.

2) ¿Brasil está dispuesto a pagar con sus recursos económicos y diplomáticos para ser la locomotora de la integración sudamericana? Evidentemente, colocarse como líder/pilar de un proceso de integración regional implica invertir en esta tarea una considerable inversión económica y política. En el caso de la Unión Europea, algunos países más fuertes, principalmente Alemania, y en un segundo plano Francia, han cumplido este papel, principalmente al ceder préstamos para que los futuros países miembros puedan implementar las políticas económicas exigidas. Brasil ha direccionado parte de su cuerpo diplomático para las cuestiones integracionistas, principalmente vinculadas al Mercosur y la UNASUR. Desde el punto de vista económico, la responsabilidad por el 70% del aporte hecho al Fondo de Convergencia Estructural y Fortalecimiento Institucional del Mercosur (FOCEM) es bastante significativo. Entre tanto, estos esfuerzos económicos y diplomáticos no son suficientes para el avance de la integración en el ámbito suramericano; y eso implica una razón más que impide que Brasil se coloque como el único motor de la integración.

3) ¿Cómo perciben los otros países de la región el supuesto liderazgo brasileño? La ampliación y profundización de los procesos de integración exigen el establecimiento de un sujeto que pueda, de hecho, representar los intereses regionales y posibilitar los consensos necesarios para los avances integracionistas. Incluso, no asumiendo

de forma aislada la responsabilidad por la integración, Brasil termina teniendo un peso diferenciado, colocándose, a veces, como portavoz de la región frente a otros países y organismos internacionales. Esta actitud –un “liderazgo natural” de Brasil- puede ser entendida como necesaria para la integración. En otras palabras, como no existen en el Mercosur ni en la UNASUR mecanismos supranacionales que conduzcan a la integración, Brasil se coloca como parte importante del motor integracionista. Sin embargo, por otro lado, el liderazgo de Brasil reactiva desconfianzas, animosidades antiguas, y puede generar reacciones negativas de los países vecinos, estancando la integración. El desafío que se presenta a Brasil es buscar una alternativa de actuación regional que explicita que la región es parte de sus prioridades de política externa, pero que también deje claro a los otros países que no actuará de forma impositiva. La construcción del eje ABV, propuesta en este artículo y analizada enseguida, se inserta en este marco de discusión.

La ruta de Venezuela en la región se caracteriza por desencuentros. En el 1950, bajo la dictadura de Pérez Jiménez (1953-1958), el país logró un papel prominente en la región gracias a los dividendos del petróleo. Pérez Jiménez fue derrocado en 1958, y con la elección de Rómulo Betancourt (1959-1964), el país volvió a la democracia – precisamente en el período en que varios países de América del Sur se enfrentaban a golpes de Estado que darían lugar a largos períodos de dictadura militar.

Este “desajuste histórico” de Venezuela con los demás países de la región resultó, como señala Cervo en algunas consecuencias importantes, a saber: i) la renuencia del país de unirse a la ALALC), (ii) la oposición a los proyectos de integración y (iii) el rechazo al tercermundismo. Según Cervo, a través de la llamada “Doctrina Betancourt”, Venezuela fue como el “heraldo de la democracia en el continente” y predicó la aplicación de sanciones sobre los regímenes que atentasen contra la legalidad de las instituciones, los derechos humanos y la democracia – lo que generó conflictos con las dictaduras de la región. Los intereses y preocupaciones venezolanas giraban en torno a la venta de petróleo a los Estados Unidos, la industrialización, el riesgo de las dictaduras en América Central y la crítica a los regímenes militares de América del Sur (Cervo, 2007)

En la década de 1970, gobernada por Rafael Caldera Rodríguez (1969-1974) y Carlos Andrés Pérez (1974-1979), Venezuela osciló entre una aproximación con la región, ambiciones de liderazgo regional en América Latina, aproximación con Argentina y la poca simpatía por el crecimiento de Brasil. Desde el punto de vista de la integración, dice Cervo,

En los años 1970 (...), los defensores de la cooperación entre Brasil, por un lado, Venezuela y Argentina, por el otro, animaron el ambiente diplomático, que se puso en compás de espera antes de la posible construcción de ejes regionales (Cervo, 2007: 194-195).

Los problemas comunes enfrentados por los países de América del Sur en la década de 1970 y 1980, y los procesos de democratización causaron un reposicionamiento de la región en torno a la idea de la integración. La globalización neoliberal que ya se avecinaba exigía nuevas posturas. Mientras que Brasil y Argentina recuperaron sus relaciones y promovieron importantes acuerdos bilaterales, la Venezuela de Herrera Campins (1979-1984) y Jaime Lusinchi (1984-1989) cambiaría algunas de sus posiciones de política exterior, criticando la organización de Estados Americanos (OEA) y a Estados Unidos, y volcándose a la cooperación y la integración de América Latina. En las palabras de Cervo,

Los nuevos ejes de la cooperación al norte y al sur de Brasil tienen causas comunes, políticamente: la consolidación de la democracia, una actitud de mayor introspección de América Latina, en lugar de introspección nacional de los países y la presencia activa de los gobiernos en los grupos regionales de coordinación política, económica y financiera(...) (Cervo, 2007: 206).

Sin embargo, esta vez fue Brasil quien no valoró el acercamiento a Venezuela. Centrando sus relaciones en Argentina, que resultó en la formación del MERCOSUR en 1991, Brasil optó por el Cono Sur, posponiendo, una vez más, la realización de un proyecto que uniese el norte y sur y consolidase las bases necesarias para el avance

de la integración, formado, como discutimos en ese trabajo, por la triada ABV.

A partir de la década de 1990, Venezuela experimentó el retorno del Presidente Carlos Andrés Pérez (1989-1993) y Rafael Caldera (1994-1999) y el ascenso al poder de Hugo Chávez que si completa su mandato actual, permanecerá en el poder durante 19 años consecutivos. Por lo general, estos tres gobernantes intentaron avanzar iniciativas integracionistas, aunque no siempre eran similares sus percepciones con respecto a los procesos que tenían lugar en la región, especialmente el gobierno de Chávez que, en 2004, lanzó la propuesta del ALBA (Alternativa Bolivariana para las Américas), rebautizada en 2009 como Alianza Bolivariana para las Américas.

De primera importancia en la aproximación de Venezuela a los bloques regionales de América del Sur es el tema de la seguridad en la región amazónica. De hecho,

(...) la región amazónica es el tema central, como reto y oportunidad, tanto en materia de integración, como de seguridad regional. (...) la articulación y cooperación de los países fronterizos de la Amazonia expresan y simbolizan una nueva presencia de América del Sur en el mundo de la post-guerra fría, como un actor relevante en las negociaciones económicas interamericanas y en la configuración de un proyecto de seguridad para la región (Moreira, Quinteros, Reis da Silvam 2010: 361-362).

Dos acontecimientos recientes reafirman el enfoque de Venezuela en América del Sur y expresan la importancia del eje de la ABV para el avance de la integración, son: la Constitución de la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR) en 2008 y la entrada de Venezuela como país miembro pleno del MERCOSUR en 2012.

Con respecto a la UNASUR, los debates comenzaron en 2004 en una reunión celebrada en Cusco, Perú. Inicialmente dirigido por la Venezuela de Hugo Chávez, el proyecto recibió el nombre de CASA (Comunidad Sudamericana de Naciones) con el objetivo principal de profundizar la integración de la región. En el 2008, ya con la participación de Brasil en las discusiones, el Acta Constitutiva de UNASUR fue firmada por los doce países: Argentina, Bolivia, Brasil,

Chile, Colombia, Ecuador, Guyana, Paraguay, Perú, Surinam, Uruguay y Venezuela.

En el Mercosur, Venezuela luchó por su participación como país miembro pleno desde 2005 y enfrentó la negativa del Congreso de Paraguay. Con la suspensión provisional de Paraguay, en virtud de la salida del poder del Presidente Fernando Lugo, los otros tres países consolidaron el proceso y hoy Venezuela es el quinto país miembro.

En nuestra opinión, estos dos procesos fortalecen la integración regional en América del Sur porque posibilitan el establecimiento de una base sólida, un eje rector que puede reconciliar las diferencias y colaborar para el establecimiento de un concierto de intereses entre los países de América del Sur. Una "hegemonía compartida" entre Argentina, Brasil y Venezuela tiene el potencial para persuadir a otros países sobre importancia de una política regional para el desarrollo de los pueblos. Según Marcos Costa Lima, "(...) saben todos, sociedades nacionales y gobiernos andinos y amazónicos de países vecinos, que la integración estructurante de América del Sur pasa por las relaciones en el eje Buenos Aires-Brasilia-Caracas." (Costa Lima, 2011: 58)

Costa Lima además destaca la importancia de la entrada de Venezuela al Mercosur. Según el autor, hay tres motivos centrales:

El primero, la posibilidad de consolidar un proceso de integración capaz de cubrir a toda América del Sur, creando una poligonal que incorpore los demás países de la región. El segundo es traer a la mesa de negociaciones la cuestión Amazónica, una región de la mayor importancia geopolítica, ambiental, energética, tecnológica, pero también relacionada a la diversidad de grupos étnicos que viven allí y que deben ser convocados a participar en cualquier proyecto plurinacional que se piense para esta zona. En tercer lugar, una cuestión de mayor magnitud, aún no resuelta, con relación a la matriz energética que surgirá del entendimiento de todos los países de suramericanos (Costa Lima, 2011: 62).

3. Conclusiones preliminares

Como consideraciones finales, afirmamos que en una región donde los procesos de integración se organizan institucionalmente por el intergubernamentalismo, la constitución de un eje central, formado por los países más importantes, es crucial para lograr avances concretos. En el caso de América del Sur, una hegemonía colectiva de Argentina, Brasil y Venezuela (ABV) representan este eje y, actualmente, se coloca como una posibilidad real, a pesar de las diferencias entre los tres países, para consolidar un modelo de integración regional propio y autónomo en América del Sur.

Referencias

- Barnabé, I. R. (2011) "Unasul: desafios e importância política". *Revista Mural Internacional*, Ano II, Nº 1, Junio, Rio de Janeiro, Brasil. Em línea http://www.muralinternacional.uerj.br/pdf/6/Mural_ANOII_n1_artigo6.pdf. Acceso el 15/10/2012.
- Briceño Ruiz, J. (2011) "Del Regionalismo Estratégico al Regionalismo Social y Productivo: las transformaciones del modelo de integración del Mercosur". En, BRICEÑO RUIZ, J. (Editor), *El Mercosur y las complejidades de la integración regional*. Buenos Aires, Teseo.
- Cervo, A. L. (2007) *Relações Internacionais da América Latina: velhos e novos paradigmas*. São Paulo, Saraiva.
- Conduru, G. F. (1998) "El subsistema americano, Rio Branco e o ABC". *Revista Brasileira de Política Internacional*, Vol. 41, No. 2. Brasília, pp. 59-82.
- Costa Lima, M. (2011) "La Encrucijada de la Integración Regional en América del Sur". En, Briceño Ruiz, J., (Editor), *El Mercosur y las complejidades de la integración regional*. Buenos Aires, Teseo.
- Doratioto, F. F. M. (2000) "A política platina do Barão do Rio Branco". *Revista Brasileira de Política Internacional*. Vol. 43, No. 2, Brasília, pp. 130-149.

FONSECA, D. M. da. (2007) *Integração Sul-americana como via para a Inserção Internacional do Brasil*. Disertacion de Maestría. Niterói, UFF/PPGRI.

Heinsfeld, A. (2009) *As relações Brasil-Chile: o pacto ABC de 1915*. En: Simpósio Nacional De História, No. 25, Fortaleza – Brasil, ANPUH.

Moreira, L. F. V., Quinteros, M. C., Reis Da Silva, A. L. (2010) *As Relações Internacionais da América Latina*. Petrópolis – Brasil, Vozes.

Seixas Correa, L. F. De (2012) O Barão do Rio Branco no Centenário de sua Morte: Memória, Inspiração, Legado, en línea: www.itamaraty.gov.br (consulta 20/10/2012).

Tavares D'amaral, M. (2001) “Barão do Rio Branco”. *Coleção A Vida dos Grandes Brasileiros*. Vol. 8. Cajamar – Brasil, Três.